

Se levantó, arregló ante un espejo sus cabellos, cambió su gorro de cama por otro ricamente guarnecido de encajes; se echó sobre los hombros una manteleta, y fué á reunirse con sus padres y su primo.

Al verla éste tan serena y reposada, al contemplar su admirable tranquilidad, un pensamiento brotó en su mente.

—¿Habrá cambiado de propósito? se preguntó. ¿Consentirá en que se lleve á cabo nuestro casamiento? ¡Oh, pluguiese al cielo! Yo sacrificaría todo el reposo de mi vida: yo inmolaría el naciente amor que ocupa mi corazón, y apartaría de él la dulce imagen de Eugenia, por la felicidad de ese noble anciano y de esa santa mujer que tanto me han amado siempre.

¡Ay! ¡el Vizconde no conocía el carácter y el corazón de Regina!

Esos caracteres de hierro, esos corazones helados, no se ablandan ni se entibian por nada.

El amor los calcina y los abrasa; pero hasta el amor que abriga es fatal, pues semejante al cráter de un volcán, arrastra y consume cuantos sentimientos tiernos engendra la naturaleza, del mismo modo que la encendida lava devora las suaves y perfumadas flores.

XVII

LA MALDICIÓN

Era llegada la hora de firmar los contratos.

Las personas más distinguidas de la corte llenaban el salón de los Marqueses de Villalta, espléndidamente iluminado.

La Marquesa, joven aún, pues no pasaba de los treinta y ocho años, hacía los honores con una gracia delicada que le era habitual y que tenía un atractivo indecible, á pesar de estar velada por una extremada tristeza.

La Marquesa de Villalta era una de esas mujeres suaves, dulces como el aroma de la violeta, cuya única ocupación es embellecer y recrear cuanto las rodea. Tierna hasta la debilidad, su boca parecía formada sólo para los besos ó la sonrisa; pura en pensamientos y en acciones, su plácida frente era tan tersa y hermosa como en los primeros días de su adolescencia.

Nunca habían bramado las pasiones en su seno; su único amor se lo había inspirado el hombre á quien dió su mano, que, aunque de bastante más

edad que ella, supo conquistarse su corazón por su talento, su elevada rectitud y la apasionada adoración que le profesaba.

El nacimiento de Regina aumentó el amor que el Marqués de Villalta tenía á su esposa; confundíalas aquél con una ternura tan ardiente y entusiasta, que era difícil adivinar si el cariño que sentía por su esposa era gratitud por haberle dado á su hija, ó si la adoración que profesaba á Regina era un reflejo de la que tenía á su madre.

Ambos colmaban á la niña de los más solícitos y exquisitos cuidados, y la Marquesa vivió entre sus dos santos amores como la azucena que tiene por abrigo un tibio y protector invernadero, y un cielo lleno de luz y brisas cuando los ardores del estío matan á tantas pobres plantas.

La primera pena de Gabriela nació el día en que se decidió el casamiento de Regina con su primo: su amante corazón de madre presintió la tempestad cuando todos gozaban aún en la calma, bien así como la gaviota gime sobre la roca mucho antes de que retumbe el trueno y cuando aun se ve la mar tranquila y azulada.

En la noche de los contratos ocupaba el centro del salón, atendiendo, no obstante su pena, á esos mil cuidados que la sociedad impone y que no dispensa nunca.

Gabriela era muy bella todavía: aun sonreían sus límpidos y azules ojos, á la par de su boca, pequeña y encendida como una flor de coral; sus

cabellos rubios y sedosos eran abundantes y rizados; la frescura que tal encanto prestaba á su semblante en su primera juventud, había desaparecido, dejando en su lugar una blanca y dulce palidez.

Aquella madre, cuyo solo defecto consistía en ser demasiado tierna, había abandonado muchas de las pretensiones que antes ostentaba en su tocador, desde que Regina cumplió catorce años; vestía casi siempre de negro, reservando todo su buen gusto, toda su elegancia, para el adorno de su hija.

En la noche de que voy hablando llevaba un traje de raso negro, de manga corta y escote bajo; sobre él se había puesto una de esas encantadoras túnicas de encaje, negro también, que se cerraba en su garganta, y cuyas amplias mangas, perdidas ó venecianas, velaban la desnudez del brazo, aunque no tanto que impidiese que se transparentasen su morbidez y hermosura.

La belleza de su cuello, un poco largo, blanco y lleno de gracia como el de un cisne, y el torneado y esbelto nacimiento de sus hombros, se adivinaban del mismo modo á través del fino y delicado tejido del encaje.

Sus rubios cabellos, recogidos en ricas y apretadas trenzas, estaban graciosamente prendidos detrás de su cabeza con largos alfileres de perlas, y dejaban completamente descubierta su blanca y serena frente.

Su collar, brazaletes y pendientes eran de perlas también; pero su aderezo estaba muy lejos de valer lo que valía el que había regalado á Regina.

La Marquesa de Villalta se asemejaba á una negra nube en medio de las mujeres que la rodeaban, cargadas de sederías, diamantes y flores; pero su casta y apacible belleza radiaba á través de su nebuloso traje como una estrella en un cielo tempestuoso.

—¡Cuánto tarda Regina! se dijo á sí misma mirando por la cuarta vez el soberbio reloj del salón que señalaba las diez.

Y levantándose, se dirigió á su esposo y á Arturo, que hablaban cerca de la puerta con algunos caballeros.

—Pedro, dijo Gabriela al Marqués, mostrándole al notario de la familia, quien, sentado ante una mesa cubierta de terciopelo carmesí bordado de oro, hojeaba el contrato; Pedro, el notario hace una hora que espera, y Regina no viene.

Los labios del Vizconde temblaron convulsivamente.

—Su tocador es hoy muy complicado, Gabriela, dijo el Marqués con una sonrisa que tenía mucho de dolorosa.

—Si me hubiera dejado ayudarla, ya estaría aquí, observó la Marquesa; pero se empeñó en vestirse sola...

—¡Qué bella debe estar! ¿no es verdad, hijo mío! dijo el Marqués estrechando la mano de su

futuro yerno: su vestido celeste con flores de plata y su soberbio aderezo de perlas van á producir un asombro general.

—¡La señorita doña Regina Villalta y Mendoza! anunció el portero de estrados á la puerta del salón.

Todos los concurrentes se volvieron vivamente.

El Marqués y su esposa cambiaron una mirada de profunda sorpresa.

Regina no había querido ponerse su espléndido traje, preparado con tanto esmero por su madre: llevaba un sencillo vestido de muselina blanca, de hechura lisa, y todo su adorno consistía en una rosa blanca, medio perdida entre sus negros cabellos, rizados en lucientes ondas.

Entró ligeramente en el salón, saludando con la cabeza á derecha é izquierda, y fué á ocupar el ángulo que daba frente á la puerta.

Sus padres y Arturo se aproximaron á ella llenos de confusión.

—Pero, hija mía, ¿por qué no te has vestido? le preguntó el Marqués con acento profundo y concentrado.

—Se me hizo tarde peinándome, respondió fríamente Regina, y no quise que me esperasen más tiempo.

También así está muy bella, Pedro, observó la Marquesa con su santa y apacible dulzura; casi es más bella con esa sencillez que con su rico traje: ¿no te parece lo mismo, Arturo?

Éste, incapaz de hablar, hizo con la cabeza un signo afirmativo, mientras que por los labios de Regina pasó una sonrisa glacial.

La Marquesa volvió á ocupar su sitio, y el Marqués se aproximó al notario.

—¿Qué vas á hacer, Regina? murmuró el Vizconde al oído de la joven.

—A decir que no quiero casarme contigo.

—¡Semejante escándalo! ¡Aquí!... ¡Por Dios, Regina, medita lo que vas á hacer!... ¡Habla mañana á tus padres!...

—¿Para qué?

—¡Este golpe puede matarles!...

—¿No dicen que yo soy su vida? repuso Regina con una sonrisa helada como el filo de un puñal; pues yo te aseguro que no pienso morirte por ahora.

—Puede V. empezar la lectura, caballero, dijo el Marqués al notario.

Reinó el más completo silencio, y el depositario de la fe pública empezó á leer con voz altisonante.

El escrito lo merecía: los Marqueses de Villalta cedían á su hija su título y su fortuna, consistente en diez millones de reales, constituyéndose en alimentistas suyos desde el día de su casamiento.

—¡Qué disparate!... ¡Despojarse así por su hija! murmuraron dos Condesas viejas detrás de sus abanicos.

—¡Qué absurdo! exclamaron á su vez tres di-

putados. ¿No conocen que si su hija es mala, se quedarán en la calle?

El Marqués paseó una mirada brillante y envejecida por el concurso, y cesaron como por encanto todos los murmullos.

Todos se humillaban ante la deslumbrante aureola que ceñía á la adusta frente de aquel hombre su santo y heroico amor de padre.

Siguió el notario enumerando la fortuna del esposo: las rentas de su título eran en extremo pingües, y aportaba además cerca de ocho millones de reales.

Las madres miraban á Regina con envidioso asombro: era evidente que la nueva Marquesa de Villalta iba á ser una de las damas más ricas de la corte de España.

Acercóse el Marqués á su hija, y le presentó el brazo para conducirla á la mesa á fin de que firmase. Regina se apoyó en él y se adelantó resueltamente; pero al llegar junto á la mesa, colocada en el centro del salón, dejó el brazo de su padre, rechazó la pluma que el notario le ofrecía, y dijo con sonora y reposada voz:

—¡Señores, declaro que no quiero casarme con mi primo el Vizconde del Olmo!

Alzóse un murmullo de sorpresa; la Marquesa abrió sus grandes ojos y los clavó con angustia en el rostro de su hija; el Marqués palideció como un cadáver, y Arturo se desplomó en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

El escándalo era inaudito é imposible de reparar.

En aquel instante se oyó en las antecámaras una confusa gritería que fué acercándose rápidamente al salón, y un instante después apareció en el umbral un hombre con el cabello largo y descompuesto, la barba crecida, el rostro encendido por una violenta fiebre, los ojos relumbrantes con la expresión del delirio, y vestido de un deteriorado traje negro.

Cruzó desatentado el magnífico salón, clavando en todos los concurrentes sus hurañas miradas, hasta que por fin fijó sus brillantes ojos en la blanca y serena figura de Regina.

Acercóse delirante á ella, la asió con impetu por un brazo, y gritó con ronca voz:

—¡Conque no me han engañado!... ¡te casas!... ¡traidora!... ¿Dónde están tus promesas de amor?

—¿Quién es este hombre? exclamó el Marqués, que sentía hervir en su seno el volcán de la ira.

—¡Justino, cálmate! murmuró el Vizconde tomándole una mano.

—¡Ah!... ¡ya te encontré!... rugió el infeliz joven, agarrando por el cuello á Arturo y saudiéndole furioso: ¡voy á matarte... sí!... ¿Pensabas que yo toleraría que engañases á mi hermana y que me robases á Regina?

—¡Atrás, miserable! exclamó el Marqués, dando tan fuerte empujón á Justino, que le desvió algunos pasos; y luego, clavando en Regina una encendida mirada, tornó á preguntar:

—¿Me dirás quién es ese hombre?

—¡Ese hombre, padre mío, es el hombre á quien amo! contestó sumisamente la joven. Por él, continuó, renuncio á casarme con mi primo... ¡Padre... madre mía!... añadió con los ojos llenos de lágrimas y cruzando las manos; ¡padres míos, si me amáis tanto como decís, consentid en que este contrato sirva para unirme á él!...

Los ojos del Marqués llamearon como dos teas; dirigióse á la puerta, ebrio, vacilante, y gritó con ronca voz:

—¡Pedro!... ¡Miguel!... ¡Jacobo!... ¡Nicolás!

Cuatro criados aparecieron en el umbral, vestidos de toda gala.

—¡Echad á la calle á ese mendigo! gritó de nuevo el Marqués, señalando á Justino, que lo miraba todo, sumido en una especie de inmóvil atonía.

—¡Padre, perdónale, y yo seré tu esclava toda mi vida!... sollozó Regina, arrodillándose convulsa á los piés del Marqués.

—¡Echadle á golpes!... ¿Lo oís? ¡A golpes! ¡Y pronto! rugió el Marqués, desprendiendo violentamente de sus rodillas los brazos de su hija que las abrazaba.

—¡Madre!... ¡por Dios!... gimió de nuevo la infeliz niña, clavando en Gabriela una mirada de angustia desgarradora.

Ante aquella mirada, la Marquesa se sintió vacilar como si se hubiese roto todo su sér. Acer-

cóse á su hija, y oprimió contra su seno la negra cabeza de Regina.

—¡Afuera de aquí! gritó de nuevo el iracundo padre, dando tan fuerte empujón á Justino, que éste cayó como una masa inerte.

Dos de los criados que habían acudido al llamamiento del Marqués se apoderaron del inanimado cuerpo del desdichado joven y le sacaron del salón.

Entonces se levantó Regina, secáronse sus lágrimas instantáneamente, y la blanca palidez de su rostro se encendió con una ardiente púrpura.

—Señor, dijo con voz fuerte y serena, dirigiéndose á su padre; ya que arroja V. de su casa al hombre á quien amo, yo la dejo también para casarme con él.

Regina dió dos pasos hacia la puerta, por la cual ya habían desaparecido los criados que llevaban á Justino.

—¡Hija desnaturalizada!... gritó el Marqués cárdeno y tembloroso: ¡hija ingrata y cruel!... ¡Yo... te maldigo!...

La Marquesa dió un grito de agonía y cayó desplomada á los piés de su esposo. Aquella maldición había destrozado todos los órganos de su frágil existencia.

Regina se detuvo, volvió atrás, se arrodilló fúnto á su madre, besó su frente y sus manos, y desapareció con paso firme y majestuoso.

El Marqués quedó en medio del salón con los brazos extendidos hacia la puerta, como si hubiera querido enviar en seguimiento de su hija el eco pavoroso de su terrible y desesperada maldición.

XVIII

UNA MADRE

Algunos días habían pasado, y era una mañana dulce y nublada de estío.

Acababan de dar las diez, cuando una de las ventanas del palacio de Villalta, de las que habían pertenecido á las habitaciones de Regina, se abrió con mucho cuidado y se asomó por la abertura un semblante plácido y encantador, si bien profundamente triste.

Aquella dulce cara era blanca como el nácar, suave aún y fresca como una de esas flores de otoño que tienen tan larga vida y tan exquisitos y delicados perfumes.

Sólo se veía una cabeza poblada de rubios rizos y sostenida por un cuello algo largo y lleno de elegancia. Después, unos hombros graciosamente arqueados, y un talle flexible y elegante, medio velado por los pliegues de un peinador de tafetán blanco.

Era la Marquesa de Villalta.

Fijó sus bellos ojos, de un subido azul turquí,

en la pobre ventanita de la casa de enfrente, en aquella ventana donde tuvo principio el amor de Regina con Justino, aquel desgraciado amor que tantas víctimas había hecho ya, y tantas debía aún hacer.

La ventana estaba cerrada.

Gabriela, sin cerrar la suya, volvió al fondo de la habitación que había sido dormitorio de su hija, se dejó caer en un sillón y prorrumpió en sollozos.

Todo hablaba allí de Regina.

Sobre el tocador se veían algunos frascos destapados; al lado de un sillón, unas lindas chinelas de terciopelo rosado, y bordadas de plata, parecían olvidadas allí por alguna niña; tal era lo diminuto de su tamaño. Más allá, y sobre el respaldo de un sillón, se veía un peinador blanco.

La pobre madre, sin dejar de llorar, tendió en torno del aposento una triste mirada. ¡Ay! ¡era un cuadro desolador, en el que no había vida, y en el que la ausencia era imagen de la muerte!

—¡Hija mía! ¡hija mía! ¡conque ya te he perdido para siempre! murmuró la Marquesa con acento embargado por las lágrimas. ¡Conque has huído sin pensar en tu madre, de quien eras la vida y la luz! ¡Oh locas esperanzas de tu padre, tan pronto convertidas en humo! ¡Oh tristes y fieles presentimientos míos! ¡El amor maternal no se engaña nunca!

Una voz dulce y sonora cortó el doloroso mo-

nólogo de la Marquesa: al oirla, se estremeció, enjugó el llanto que bañaba sus mejillas, y corrió con ansia á la ventana.

Apoyada en el antepecho de la dé enfrente se hallaba Regina: ella era la que había hablado poco antes para despedir á Justino, que ya bajaba á lo último del callejón.

Cuando la joven le hubo perdido de vista, alzó los ojos por un movimiento maquinal hacia el palacio de sus padres, y allí vió la pálida y afligida cara de Gabriela.

—¿Estás sola? le preguntó ésta rápidamente.

—Sí, madre mía, respondió la joven.

La Marquesa voló á su cuarto, se despojó por sí misma de su bata de levantarse, y se puso un vestido negro, cubiertos sus hombros con un pañolón y su cabeza con un velo, y se lanzó á la escalera.

Un instante después abrazaba á Regina, y el raudal de sus lágrimas, contenido por pocos instantes, volvía á correr de nuevo.

—Vén, madre mía, dijo Regina conduciéndola hacia el pequeño y mísero sofá donde ella misma se había sentado la noche que murió la madre de Justino; siéntate aquí, descansa y sosiégate.

La hija, mucho más fuerte que la madre, no derramaba una lágrima siquiera.

La madre enjugó las suyas, apoyó ambas manos en los hombros de Regina, y clavando en ella una mirada ansiosa, le preguntó con afán:

—¡Regina!... ¿estás casada?

—¡Madre! repuso la joven con tono de reconvenición.

—¡Basta, hija mía! te conozco y te creo.

—Me casé, madre mía, á la mañana siguiente de haber salido de tu casa.

—¡Bendito sea Dios! exclamó la Marquesa, alzando al cielo sus ojos bañados en llanto, esta vez de gratitud: más te quiero esposa desgraciada, que mujer libre y manchada por un amor ilegítimo.

—¡Esta es mi madre! exclamó Regina abrazando con pasión á la suya. ¡Esta es la santa y desinteresada virtud que convence! Yo sé que el Marqués de Villalta me preferiría amante deshonorada, para volverme á su lado y para lograr al fin casarme con quien halagase su vanidad!

—¡Calla, que ofendes á tu padre! exclamó aterrada la Marquesa. ¿Es posible que el ciego amor que te ha tenido siempre haya de haber sembrado en tu alma esa semilla de odio?

—¡Amor! repitió la joven con una risa amarga; ¡mi padre me ha amado como á su mueble de más lujo, como á la *cosa* que le agradaba más en su casa! ¿Le ha impedido su decantado amor el hacerme infeliz?

—¡Hija mía, perdónale! exclamó con voz suplicante la Marquesa: ¡es su amor, no lo dudes, el que le ha hecho obrar así!... Es su deseo de verte rica, feliz y respetada... Yo lo sé; yo le conozco bien, porque vivo á su lado hace diez y siete años... Por eso he venido á aconsejarte que vayas

á verle tú sola, que te arrodilles á sus piés, que beses su mano y le pidas perdón... él lo desea; él anhela dártelo... él padece más que tú! Créeme... vén ahora mismo conmigo... y después que se haya enternecido con tus ruegos, después que te haya perdonado, llamará á tu marido, y los dos viviréis á nuestro lado y seréis nuestros hijos!...

Hablando así, la Marquesa estrechaba contra su corazón á Regina y besaba su frente y sus cabellos; y era tanto el calor de su palabra, y brotaba de ella tanto amor hacia su hija, que ésta sintió los latidos de su corazón que la ahogaban.

Pero aquella impresión duró muy poco.

—¡No! dijo; ¡si mi padre me ama, si mi padre desea que vuelva á su lado, que me llame!

—¡Desventurada! ¿has perdido el juicio? exclamó la Marquesa. ¡Llamarte él! ¡Antes se dejará morir de desesperación!

—Lo mismo haré yo, antes de ir á implorarle de nuevo, madre mía. ¡Lo hice una vez, y me pesa!

—¡Pero él es el ofendido!

—Por eso le toca perdonar.

—¡Un padre no debe rogar á su hija!

—Una hija maldecida no debe volver á la presencia de un padre que, sin motivo, renunció á los derechos de tal.

Gabriela retorció sus manos con amargura, y gritó con voz sorda y angustiada:

—¡Mira, pobre hija mía, que te puede desheredar! Todos nuestros bienes son libres... ¡Todo

es suyo!... Nada hereditario hay sujeto á vínculo.

—Ahora que sé eso, debo humillarme menos, respondió Regina con firmeza y frialdad.

—Pero, ¡Dios mío! ¿cuál va á ser tu situación, la de tu marido, la de tus hijos? ¡La miseria, la horrible miseria!

—¡Esa miseria me vengará del feroz orgullo de mi padre; al verla, él sufrirá más que yo!

—¡Ah impío orgullo! gritó la Marquesa, cuyo corazón se destrozaba al rudo contacto de aquella voluntad de hierro. Luego, levantándose y acercándose á Regina, que se levantó también, se arrojó á sus piés y le dijo con voz ahogada por los sollozos:

—¡Hija mía, hazlo por mí! ¡Piensa en tu madre, que morirá de pena al verte desgraciada! ¡Pide perdón á tu padre!

La firmeza de la joven pareció vacilar: sus ojos se llenaron de lágrimas al inclinarse sobre su madre arrodillada á sus piés; ésta repitió:

—¡Pídele que te perdone! Un padre es la imagen de Dios sobre la tierra, y no hay orgullo que no se deponga delante de Dios.

Regina tardó un instante á responder; su amor á aquella madre tan buena, tan dulce, tan amante, le decía que debía ceder; pero su orgullo ganó la victoria, y volviendo la cara, respondió con voz firme:

—¡No puedo, madre mía!

La Marquesa se levantó y se dirigió á la puer-

ta: sus pasos eran vacilantes, y hubo de apoyarse en la pared para llegar á ella.

Regina corrió hacia su madre.

—¡Ah! exclamó; ¡si mi padre hubiera sido como tú!

La Marquesa la abrazó de nuevo y por largo rato sin hablar una sola palabra, y después bajó lentamente la escalera de la casa de su hija.

Cruzó la callejuela, volvió la esquina y entró en su casa, yerta, silenciosa y muda; iba herida de muerte.

Regina quedó también inmóvil y como si toda su vida se hubiera paralizado bajo la impresión dolorosa que acababa de recibir.

Pasado un instante, corrió á la ventana, y adivinó la triste y enlutada figura de su madre antes de que volviese la esquina de la calle.

Gabriela, en su paso lento y trabajoso, se asemejaba á la Virgen de los Dolores después de despedirse en el sepulcro de su Santísimo Hijo.

Cuando hubo desaparecido, Regina llevó ambas manos á su corazón y murmuró:

—¡Dios mío! ¿Eres tú el que me dice que no la veré más?

Aquel corazón rebelde se acordaba de Dios, prensado por una agonía suprema, ¡por la agonía atroz de haber perdido á su madre por su culpa!

¡Dios es el nombre sacrosanto, la gran idea unida á todo dolor grande!

XIX

DESPEDIDA.

Algunos días después del casamiento de Regina y de Justino, Arturo se unió á Eugenia, apenas restablecida de su penosa enfermedad.

El Vizconde, que había cobrado un tierno afecto á la dulce y virtuosa esposa de su tío, había intentado consolarlos en la noche de los contratos y después de la violenta salida de Regina de la casa paterna; pero nada pudo conseguir en aquellos dos corazones, ulcerado horriblemente el uno, y el otro profundamente ofendido.

—Déjame, le dijo el Marqués, después que todos sus convidados fueron abandonando el salón triste y silenciosamente: no procures excusar á tu prima; ¡jamás, jamás la perdonaré el golpe cruel con que ha destruído todas mis esperanzas; el escándalo de mi ridículo! ¡Ya no soy su padre! ¡ya no es mi hija! ¡su mano ha roto los lazos sagrados que nos unian!

La Marquesa nada decía: sin articular una palabra, sin poder derramar una lágrima, porque lo